CAPITULO 3

Rosa despertó en su cuarto, las ventanas del balcón que daban al parque, estaban cerradas, oyó ruido en la planta baja y pensó que debía ser Alberto trastejando en la cocina, ¿Quién mas a esas horas de la noche, porque debía ser media noche?. Se incorporó en la cama y un dolor agudo punzó su brazo derecho, sin querer, un gemido salió de sus labios, y de repente Rosenda surgió de la obscuridad.

¿Cómo te sientes hermana?— Preguntó la mujer en la sombras.

¡Me duele mucho este brazo!— Contestó.

¡Claro, si te lo rompiste en el accidente!—

¿Accidente?—

Y entonces todo volvió a su memoria como en una película de movimiento los acontecimientos fueron circulando uno a uno por su mente, primero aquel frío de muerte acompañado de aquella sensación de velocidad, el viento arrancándole el sombrero de la cabeza, su pelo suelto volando libremente por el aire é impidiéndole sujetar a sus hijos y luego frente al auto aquella vaca medio luto que era el orgullo de la ganadería de la zona sur del país, después el impacto, luego aquella desesperada búsqueda de Raulito debajo las ruedas del auto, los gritos de los niños, el pequeño Francisco José con una pierna rota, la gente alrededor de ellos y los ojos lagrimosos del amigo de siempre, el doctor Rafael Uzubarreta anunciándole que su marido estaba muerto.

La mujer volvió a recostarse en la cama, Rosenda balbuceaba miles de cosas a la vez, que si los hijastros se encargaban del muerto, que la suegra había mandado un telegrama diciendo que no lo enterraran hasta que ella llegara, que si se enterraba a la par de la primera esposa, que si el cadáver se descompondría por esperar a la suegra, que si el entierro se hacía a las cuatro… pero Rosa no prestaba atención, su mente estaba muy lejos, pensaba en su nueva situación, en sus cuatro hijos huérfanos. Su mano rozó su vientre hinchado y de repente recordó que en pocos meses serían cinco los huérfanos. ¿Cómo haría para manejar la hacienda sola? Con los hijastros no contaba, ellos no la querían, ni ella confiaba en ellos, pues estaba segura que tratarían de dejarla en la calle con hijos y todo…

¿Me oyes hermana?— Rosenda la saco de sus pensamientos

¡Si, Rosenda te oigo!— ¿Dime hermana que día es hoy?—

¡Sábado!—

¿Y la fecha?—

¡Seis de septiembre!— Dijo Rosenda y volvió a insistir. -¿Qué quieres que se haga?— Rosa había perdido la noción del tiempo.

¿Sigue siendo 1919, Rosenda?—

¡Naturalmente, hermana!— Rosenda siguió insistiendo, ¿Qué se va a ser hermana?— Rosa volvió a recostarse en la cama y dijo, ¡Que los hijastros se encarguen de todo y el entierro sea a las cuatro!—

¿Y la suegra?—

¡Con suegra o sin suegra se entierra a las cuatro!— Murmuró recobrando la noción del tiempo mientras volvía de nuevo a sus pensamientos. Pero la suegra llegó a tiempo y acompañó a su hijo hasta su última morada al panteón de Savir y a la par de su primera esposa por disposición de los hijastros. Rosa no fue al entierro. Alberto se hubiera sentido orgulloso de ella, pues se quedó en la cama como le correspondía a una viuda inconsolable y adolorida, se dejó poner agua florida en la frente por la suegra, las hermanas y las presentadoras de condolencias, pero al partir el cortejo fúnebre se sintió liberada de toda esa gente que la aturdía con sus lamentos, ella quería estar solo con sus pensamientos, organizar sus ideas y planear su futuro. Su mente empezó a maquinar. ¡Buscaré un administrador para la hacienda y le cambiaré el nombre, ya no se llamará más <Hacienda Rosa> suficientes Rosas en su vida, en la caja fuerte tiene que haber dinero y aprenderé a ser finquera!

La viuda se llevó una gran sorpresa, no había dinero en la caja fuerte. Al finalizar los rezos del muerto ocho días después, apareció don Rómulo Lara portando bajo el brazo una enorme carpeta, en ella aparecía los documentos de disolución de la sociedad con el difunto, además los títulos de propiedad de la hacienda. ¡Yo le entregué a Alberto una considerable suma de dinero por la hacienda y por su parte de la sociedad, ahora si usted quisiera quedarse con la propiedad, tendría que regresarme ese dinero!— Dijo el honorable señor.

¡Pero es que yo no sé nada del dinero, en la caja fuerte no hay nada!—

¡Entonces señora mía, no hay nada que hacer!— Dijo el caballero, poniéndose el sombrero y sonando los tacones en gesto de despedida y se largó dejando a la joven viuda perpleja y con la boca abierta.

Por primera vez en su vida, Rosa sintió miedo, un miedo que en su calidad de hija amparada por sus padres, luego de esposa mimada y protegida por un marido, nunca había sentido, ni siquiera en el momento del accidente, miedo a la vida, miedo al futuro, a tenerse que enfrentar al mundo sola con cinco hijos, cinco bocas que alimentar, cinco cuerpos que vestir y cinco mentes que educar y no tenía en sus manos ni un solo centavo, todo se lo había llevado el marido a la tumba. Una rabia sorda se apoderó de ella. ¿Cómo era posible que Alberto le hubiera hecho eso, el que decía quererlos tanto a ella y a sus hijos? ¡Pues los había dejado en la calle, así de simple! De repente su mente volvió a aquella tarde, unos días antes del accidente, cuando Rosenda llegó con la noticia de la tos chifladora, Alberto trataba de decirle algo… él había dicho que ya no guardaba el dinero en la caja fuerte… entonces ese dinero tenía que estar en algún lugar de la casa. ¿Pero dónde, Dios mío, donde? La mujer comenzó a desarmar la casa, a buscar por todos los cajones y rincones, pasaba días enteros en ese afán, mando a los niños a pasar unos días con Rosenda, no quería que nada la distrajera de su búsqueda, ella tenía que encontrar ese dinero, era el patrimonio de sus hijos, pero después de cinco días seguía sin encontrar nada. Una noche ya cansada y convencida que de hecho el hombre la había dejado a ella y a sus hijos en la calle, se sentó llena de rabia y rencor contra el muerto, en aquel baúl que estaba al pie de su cama y en donde María había dicho que se guardaban lo huesos del abuelo, la mujer se limpiaba el sudor de la frente y se sobaba la barriga que ella sentía que en las últimas horas le había crecido pues ya no soportaba aquel peso. ¡Hay, si le hubiera hecho caso a Rosenda y se hubiera ido para Nazaret cuando ésta se lo propuso, nada hubiera pasado y ahora no estuviera en esta situación! De pronto. ¿El baúl de los huesos? ¿Dios, se había sentado en aquel maldito baúl? Pegó tal brinco que la tapa se abrió dejando al descubierto aquel macabro costal, estaba temblando de miedo, tenía que cerrar aquella tapa, después de todo estaba sola en la vida y tenía que aprender a vencer todos los obstáculos, hasta el miedo. ¡Mañana mismo llamaría a los hijastros para que sacaran de su casa aquella morbosidad, y si no llegaban al término de la distancia, los mandaría a botar al lago! Fue entonces cuando vio brillar algo en el fondo del baúl, apartó el costal con la punta de los dedos, como quien toca un hierro caliente y ahí muy bien acomodado estaba un cofre de cobre con un enorme candado, la mujer lo haló lo más rápido que pudo, los huesos traquetearon con el movimiento, lo puso suavemente sobre la cama y corrió desesperadamente a buscar el manojo de llaves que el difunto manejaba en un cajón del escritorio y con manos temblorosas y la frente perlada de sudor probó una a una las llaves hasta que el candado cedió, abrió la tapa y allí en el fondo del cofre había una respetable cantidad de dinero, por un momento se emocionó, después de todo, Alberto no la dejó desamparada, el quiso decírselo, pero sencillamente la muerte lo sorprendió en un mal momento.

Repuesta de la emoción, la joven viuda comenzó de nuevo a maquinar con su mente. ¿Podía quedarse con la mitad del dinero y darle a don Rómulo la otra mitad a cambio de la hacienda? Le diría que eso fue todo lo que encontró. ¿Y si el viejo no le creía o no quería? El viejo era su compadre pues la primera Rosita había sido su ahijada, además tenía fama de caritativo y justo pero el muy avaro se había portado muy indiferente con ella cuando le mostro los papeles sin tomar en cuenta su condición de viuda. ¡No! Pensó la mujer. ¡Es mejor pájaro en mano que cien volando! Después de todo, siguió pensando. ¡Muerto el ahijado se acabo el compadrazgo! Ahora lo más importante era deshacerse de aquel horrendo costal y del baúl también, inmediatamente se corrigió. ¡Bendito costal! Bueno, aún así no quiero más cosas de esas en mi casa terminó pensando.

Rosa empezó a contar el dinero y hacer cálculos mentales, ese dinero tenía que alcanzar para toda la vida. Bueno pensó, sencillamente, modificaremos nuestra forma de vida, desde hoy se ahorrara hasta el último centavo, los chicos tendrán solamente lo necesario, dos pares de zapatos al año, la ropa que ya no le quede a Alfredo se guardará para Francisco José y si se puede, pasará luego a Raúl, ropa nueva solo por navidad y semana santa, tendremos solamente una sirvienta, no mas clases de guitarra para Rosita, eliminaremos el coche, así no se gastará en mantenimiento de caballos, el pueblo es pequeño, todos podemos caminar a todas partes y así eliminaremos también a el cochero, que también era mandadero, ¡Ah! Pero el cochero también se encargaba de halar agua del pozo para el baño de los chicos, bueno, pues también el baño habrá que cortarlo, se bañaran solo jueves y domingo, y el cochero podía llegar solo esos días a halar el agua. La nueva viuda inmediatamente implementó en el hogar el nuevo régimen, no se podía perder tiempo, el dinero que no se cuidaba se acababa muy rápido y los niños entre más rápido se adapten a su nueva vida mejor.

Los niños si se adaptaron, no les quedaban otro remedio y de ser niños ricos pasaron a ser niños pobres de la noche a la mañana. Alguien sugirió que Mama Fina vendiera su casa en Nazaret y si fuera a vivir con la viuda para acompañarla y ayudarla con sus crías, pero esta pronto se dio cuenta que la hermana no era la persona más fácil con quien convivir, desde la muerte del marido se había vuelto dura, dominante, soberbia y desconfiada además castigaba a los niños por cosas insignificantes y discutía severamente con ella cuando intentaba abogar por los niños, de manera que la hermana optó por alquilarse una pequeña casa y se fue a vivir sola. Rosenda últimamente también discutía con la nueva viuda, primero por los castigos de los niños y luego por la indiferencia de ésta al hecho que los hijastros hubieran enterrado a Alberto a la par de la primera esposa, ella quería que Rosa desenterrara el cadáver y lo volviera a enterrar en el sitio que le correspondía, en el terreno que el muerto había comprado para ella y sus hijos. Rosa muy irritada contestaba. ¿Por Dios hermana, yo no tengo dinero para hacer eso, te olvidas que ya no tengo un marido rico como tú?— La viuda alzando los brazos concluía. ¡Yo soy una pobre viuda con cinco hijos que mantener, además la tierra es madre en cualquier parte!—

**Capitulo sin editar**

CAPITULO 4

Fue una tarde cuando se aproximaba el último parto de Rosa, que aparcó frente a la casa de balcones rojos, un coche negro, guiado por un cochero vestido también de negro, el cochero bajó de su asiento para ayudar a bajar al pasajero, éste venia vestido con traje de lino blanco, zapatos y sombrero del mismo color. El hombre bajó del coche. Rosa desde el fondo de la casa vio al misterioso visitante y salió a su encuentro pensando, ¿Quién será? El hombre, después de mirarla largamente desde la puerta preguntó. ¿Puedo pasar Rosa?— Esta se quedó paralizada, no había reconocido el físico, pero si la voz, después de todo, habían pasado casi veinte años. Era Sebastián Salinas.

Rosa se repuso de la sorpresa hasta que el visitante volvió a preguntar, ¿Puedo pasar?— Como habían cambiado las cosas, ahora era el que estaba elegantemente vestido, mientras ella trataba de componerse apuradamente el pelo, el vestido, haberla encontrado en aquellas fachas y con aquella barriga, ¡Que desastre Dios mío!

Sebastián sonrió y volvió a insistir. ¿No me invitas a pasar?—

¡Por supuesto, pasa!— Dijo torpemente. Ella seguía mirándolo sin salir de su asombro, los años empezaban a dejar ciertas huellas en su rostro, en su pelo asomaba una que otra indiscreta cana, pero se le veía por los poros su bienestar económico y social, manejaba su cuerpo con elegancia y sus modales eran finos, ya no quedaba en él ni una sola huella del antiguo artesano del pueblo. Ella no salía de su asombro y se había hecho entre los dos un silencio embarazoso. ¿Me puedo sentar?— Sebastián volvía a tomar la iniciativa. Rosa sonrió mostrando sus graciosos hoyuelos en las mejillas y señalando una mecedora dijo,

¡Perdona, han pasado tantos años que ya no sé cómo comportarme contigo!— El caballero contestó pausadamente, ¡Diecinueve años, cuatro meses, tres días…!— Luego continuó con sus pedimentos sin permitirle contestar.

¿No me invitas a un café?— Ella por toda repuesta llamó a Bernarda y le ordenó como en los buenos tiempos preparar un café para el visitante. Sebastián entonces abrió la conversación, ¡Rosa! Dijo. ¡He hecho este viaje desde la capital exclusivamente para presentarte mis condolencias por la muerte de tu marido y para ofrecerte mis disculpas!—

¿Disculpas?— ¡Verás, cuando yo escribí aquellos artículos sobre los contra… bueno, sobre las exportaciones de ganado, yo no sabía que tu marido se dedicaba a ese negocio, cuando lo supe dejé de hacerlo, espero no haberte perjudicado en algo, esa no fue mi intención!—

¿Dejaste de escribir por mi?—

¡Claro, no sería capaz de causarle daño a una persona que yo quiero!— Rosa intrigada pensó, ¿Era aquello una declaración de amor? Ella misma se contestó sus pensamientos, ¡No, que absurdo, ella con cuatro hijos, otro por nacer, aquellas fachas y su enorme barriga que estaba por explotar, todavía seguía siendo una engreída! Sebastián como adivinando sus pensamientos la sacó de ellos preguntando, ¿Para cuando nace tu hijo?—

¡En cualquier momento!—

¿Y es el número?-

¡Cinco, Bueno, serían seis pero se me murió una niña!— Contestó con tristeza, y como salvación a la situación llegó el café. La mujer creyó ver un ligero temblor en las manos de Sebastián al tomar la taza y llevársela a los labios. Y cuando menos esperaba, el hombre carraspeó brevemente como limpiándose la garganta y dijo, ¡Voy a ir directamente al grano, vine también a pedirte algo más…!— La mujer le dirigió una mirada de sorpresa y preguntó. ¿Tú dirás?— Sebastián continuó, -¿Vine a pedirte si quisieras ser mi esposa?— Se levantó y le dio la espalda, para continuar. ¡A mi lado no te faltaría nada y te prometo ser un buen padre para tus hijos…!— Volvió a limpiarse la garganta y continuó. -¡Claro, esperaré un tiempo prudencial, me hago cargo de tu duelo y de tu obligación de guardar luto por cierto tiempo... yo espero… además no tienes que contestarme ya… puedes pensarlo!—

Rosa se había quedado sin habla, eso sí que no lo esperaba, ahí estaba su salvación y la de sus hijos, además ese era el hombre que siempre había amado y que el destino se había encargado de separarla de él, pero ahora lo volvía a poner en su camino. ¿Estaría el destino dándole otra oportunidad de ser feliz? ¿Pero que esperaba para echarse en sus brazos y decirle que sí, que siempre lo había amado y que lo esperó inútilmente por ocho años? Era la hora de sincerarse con él y decirle todo lo que llevaba por dentro. Pero Rosa fue fiel a su casta orgullosa y llena de perjuicios inculcados por una sociedad absurda de estrecha mentalidad, en la cual, el que dirá la gente tenía más fuerza y voluntad que cualquier sentimiento por noble que éste fuera y lo que salió de sus labios fue. ¡Es tarde para nosotros Sebastián, mi familia y la sociedad no aceptaría nunca un nuevo matrimonio para mí con tantos hijos y la muerte tan reciente de mi marido!— Sebastián volvió a insistir. ¡Puedo esperar, si ya esperé veinte años, que importa un par más!—

¿No Sebastián, no puede ser, su hubieras hablado antes, hace veinte años, todo hubiera sido tan distinto, imagínate lo que diría la gente?—

¿La gente siempre habla, mi querida Rosa, además hace veinte años yo no tenía nada que ofrecerte, si no me aceptas ahora que te ofrezco el mundo si me lo pides, imagínate entonces?—

¡Entonces yo era joven y podía desafiar al mundo por defender mi amor, ahora tengo una cola muy larga que solo te causaría inconvenientes!— ¿Debo de pensar entonces que tú también me amabas?— La mujer se levantó, de repente sintió que aquel hombre había descubierto sus verdaderos sentimientos ocultos en su interior por tantos años y con gesto de impaciencia dijo, ¡Por Dios, ésta conversación es absurda, ya no puede haber nada entre nosotros, es demasiado tarde!—

Entonces, te ofrezco mi amistad. ¿O también eso está prohibido por la gente y la sociedad?— La mujer sonrió, ¡Eso no me lo puede prohibir nadie, siempre seré tu amiga!—

!Tu amistad no es precisamente lo que yo quiero, Rosa Urroz, pero bueno, así será... por ahora… y siendo así, te dejo mi tarjeta, búscame si necesitas algo o si cambias de opinión… mira estaré fuera del país unas semanas…!— Rosa lo interrumpió, ¡Mi nombre ahora es González, viuda de González!— La mujer volvió a sonreír mientras le preguntaba curiosa

¿Es verdad que te van a hacer ministro?— El se puso serio y contestó. ¡Si me lo ofrecen, lo acepto, quisiera hacer algo por mi país, el pueblo ya está cansado de los caudillos, las guerras y ahora con ese bandolero metido en las montañas queriendo dividir al país, cuando es unidos que podemos progresar!— La mujer se había quedado muy atenta escuchando a su amigo de la niñez.

¡Ahora está hablando el político… sabes, siempre admiré tu idealismo y tu tenacidad por defenderlo. ¡Serás un gran ministro!— El hombre se puso el sombrero y al pasar frente a ella en dirección a la puerta dijo,

¿Pero tú no quieres ser la esposa del ministro?— Ella también sonrió, -¡Soy demasiado simple para un ministro!—

Rosenda venía corriendo con una carta en la mano, al dar la vuelta a la esquina se paró en seco, de la casa de su hermana acababa de arrancar un coche negro de cochero uniformado, de esos que usaban las grandes personalidades, al llegar a la casa de la hermana encontró a ésta viéndose al espejo de la sala con mirada lánguida y triste, le pareció ver sus ojos vidriosos como si estuvieran a punto de brotar lágrimas, Rosa por el espejo miró la figura de su hermana y como buena Urroz, tragó inmediatamente sus lágrimas, al volverse, su rostro no tenía ni una seña de pesar o tristeza.

¿Quién era?— Preguntó. –

¡Sebastián!— Contestó Rosa secamente.

¿Salinas?-

¿Claro, que otro Sebastián conocemos?— ¡Es verdad!— Asintió Rosenda.

¿Qué quería?— Preguntó. ¡Casarse conmigo!— Contestó con fría naturalidad. La hermana mayor abrió la boca y de sus manos cayó al suelo la carta que llevaba, ella siempre había sospechado que el artesano del pueblo amaba a su hermana, ahora yo no cabía ninguna duda, y al parecer su hermana también lo amaba, tardó varios segundos en recuperar el aire para luego preguntar.

¿Y qué le dijiste?—

¡Que no, por supuesto!— Rosenda suspiró aliviada al mismo tiempo que decía, ¿Bendito sea, te imaginas lo que diría la gente?—

¡Por supuesto que lo sé, por eso no acepté!—

¿Dime hermana, tú lo amas?—

¡Por Dios, Rosenda, que impertinencias las tuyas!— Rosenda sabía cuando su hermana no quería ser cuestionada y había aprendido a respetar su silencio y su espacio, pues ésta últimamente hacia y decía lo que quería sin aceptar consejos de nadie, por lo tanto recogió la carta del piso y enseñándosela dijo. ¡Esta carta es de los muchachos, regresan de nuevo al país!— Rosa la miró sorprendida, Rosenda continuó. ¡Vienen exilados y Ulises deportado!—

¿Por qué?—

¡Chema por andar escribiendo cosas contra el gobierno, Ulises por inmiscuirse en los asuntos políticos de un país extranjero!—

Cuando los exiliados llegaron, Rosa estaba todavía reposando los cuarenta días de rigor después de un parto, había dado a luz a finales de diciembre a un hermoso y saludable niño, según la partera, pero cuando la madre vio al recién nacido pensó para así. ¡Espero que sea saludable, porque de hermoso no tiene nada! El niño era de tez blanca, pero las orejas resaltadas y paradas como agarraderas de olla, la cabecita llena de culebritas negras igual que Papa Miguel en la fotografía que un día le sacara Pablo. Rosa de repente se encontró sin un nombre para el recién nacido, ella que había argumentado y discutido con el difunto marido hasta al cansancio porque este no la dejaba escoger un nombre de su agrado, ahora no sabía cómo llamarle, las hermanas sugirieron reponer algún familiar, pero ya Rosenda tenia a un Miguelito reponiendo al abuelo, tenía un Luisito reponiendo al hermano muerto, a Pablo nadie lo quería reponer por haber cometido el delito de casarse con una extranjera, solo quedaba Ulises, bueno pues le pondría Ulises, después de todo, a través de las generaciones en la familia Urroz, siempre hubo un Ulises, ella no sabía porque, pero decidió continuar la tradición, sin embargo no le llamó Ulises a secas sino que Carlos Ulises, a ella siempre le había gustado el nombre Carlos.

Los exiliados se instalaron en la casa de Mama Fina, pues esta vivía sola y la compañía fue más que bienvenida. Las hermanas estaban asombradas del cambio físico de Adelina, la hermanita menor que tenían casi veinte años de no ver, la mujer había aumentado una considerable cantidad de peso, sus otrora castaños cabellos, eran ahora tan blancos como la espuma, su mirada se había tornado triste a causa de su frustrada maternidad, ya que el único hijo que había podido concebir había muerto a los pocos días de nacido; de su antiguo aspecto lo único que conservaba eran sus magníficos ojos verde amarillo.

Por aquellos días, Rosa andaba demasiado ocupada tratando de organizase y acostumbrarse a su nueva vida de viuda y madre sola, para preocuparse de los exilados y sus problemas, ella tenía los suyos propios, tratando de sacarle mejor partido a su pequeño capital y estirarlo hasta lo máximo se le ocurrió recurrir al antiguo amigo y contador del difunto marido, don Alejo Mendosa, éste a pedido de la viuda, se presentó una tarde a la casa de balcones rojos. Rosa lo recibió en la sala y le explicó su inquietud de poner a trabajar su dinerito y hacerlo subsistir un poco mas -¡Tal vez poner un negocio!— Dijo la mujer. El antiguo contador miro maliciosamente a la joven y hermosa viuda y dijo, ¡Rosa, si tu quisieras… no tendrías que estar pensando tanto en tu futuro, bastaría con que fueras un poco amable conmigo… tu sabes… yo me encargaría que no te faltase nada…!— Rosa palideció, había comprendido lo que el hombre le estaba proponiendo. ¿Ahora resultaba que hasta los amigos del difunto querían sacar partido de ella y su situación? ¡Pues ya sabría éste viejo verde quien era Rosa Urroz viuda de Gonzales! Se levantó de su asiento, ofreciéndole su mejor sonrisa, le dijo, ¡Muchas gracias don Alejo, usted siempre tan amable y servicial conmigo, ésta misma tarde visitaré a doña Jacobita, su esposa, para agradecerle de parte mía y de mis hijos su generosidad!— Volvió a sonreír, mostrando sus graciosos hoyuelos en las mejías y añadió, ¿Por qué supongo que doña Jacobita está de acuerdo con su ofrecimiento, verdad don Alejo?— El hombre se puso rojo y salió a paso rápido sin despedirse. Rosa no supo si de ira o de miedo, pues de todos era sabido que la señora de don Alejo era no solo iracunda, violenta y rencorosa sino también agresiva, en el seno de las amistades se decía que la doña lo agredía físicamente cuando el agravio lo merecía! Pero fiel a su promesa esa misma tarde Rosa hizo su aparición en el hogar de los Mendoza antes que las cosas pasaran a más.

Jacobita Mendoza era de la misma edad de Rosenda y grandes amigas además, era bajita y regordeta, tenía una profunda y ronca voz casi varonil y una papada que le tapaba todo el cuello. La viuda se fue directo al grano y puso a la mujer al tanto de las insinuaciones del marido, añadiendo sutilmente. ¡Lo más probable es que yo lo haya mal interpretado, Jacobita, pero no quiero que haya ninguna duda, mi condición de viuda no me lo permite, tengo que cuidar mi reputación por el bien de mis hijos y el mío propio!— La joven viuda preguntó. ¿Lo comprendes verdad?— La mujer había palidecido hasta la lividez y la papada le temblaba cuando dijo. ¡Por supuesto que lo comprendo, no faltaba más!— Luego añadió, -¡Vete tranquila mujer y no hablemos más del asunto!— Pero la papada no le cesaba de temblar.

A partir de entonces la viuda se convirtió en doña Rosa Urroz viuda de Gonzalez. La noticia del desplante y sus consecuencias corrió como pólvora entre la población masculina de Savir y si alguno más tenía intención de acercarse a la viuda con ideas pecaminosos, se abstuvieron de hacerlo, pues nadie quería estar en los zapatos del pobre don Alejito que después de ser víctima de las palizas de su ofendida mujer, no solo no había conseguido a la hermosa viuda, sino también perdió a su regordeta esposa, pues esta nunca más volvió a abrirle la puerta de su aposento, aunque a los ojos de la gente seguían siendo un matrimonio normal.

Rosa se quedó sin el consejo que necesitaba al producirse el desagradable incidente con el antiguo contador de su difunto marido. Total, no había podido hacer nada con su dinero y a cambio le había quedado un amargo sabor en la boca después de todo aquel asunto. ¡Bueno! Pensó la joven viuda, por lo menos ahora sabía que tierra pisaba con los hombres del pueblo. ¡Aprendiste una gran lección, Rosa Urroz! Se dijo así misma, ¡será una más de tu largo camino! Siguió pensando y de repente se le encendió un foco mental. ¿Pero qué torpe fue, si su cuñado Chema era contador, por ahí tenía que haber empezado?

El filósofo José Abarca, inmediatamente aconsejó a la cuñada. ¡Debes de poner tu dinero al interés!— dijo el hombre.

¿Cómo?— Preguntó la viuda, ¿Aquí no hay bancos!—

¡No necesitas bancos, sencillamente buscas gente que tenga necesidad de dinero, se lo prestas a un interés conveniente y de mutuo acuerdo, con una hipoteca de respaldo y así vives de los intereses y no tocas tu capital!—

Y de pronto, doña Rosa Gonzales surgió en el pueblo como prestamista! Si, había aprendido una nueva lección, tenía treinta y nueve años y el rosal de lágrimas de aquella bella mujer empezaba a verter.